

**ANALES DEL INSTITUTO
DE
ESTUDIOS MADRILEÑOS**

TOMO XL



**CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS
MADRID, 2000**

SUMARIO

Págs.

Memoria

<i>Memoria de actividades del Instituto de Estudios Madrileños</i>	<i>13</i>
--	-----------

Artículos

<i>Casticismo, centralismo, periferia y negación de Madrid, por ENRIQUE DE AGUINAGA</i>	<i>23</i>
<i>Apuntes para una cartoteca del Real Sitio de la Casa de Campo, por LUIS MIGUEL APARISI LAPORTA</i>	<i>39</i>
<i>Parques creados en Madrid durante los últimos años del siglo xx, por CARMEN ARIZA MUÑOZ</i>	<i>71</i>
<i>Flora y paisaje vegetal según la toponimia del término municipal de Bustarviejo (Madrid, Sierra de Guadarrama), por JORGE BAONZA DÍAZ</i>	<i>95</i>
<i>«Santa» Juana de la Cruz, por MARÍA ISABEL BARBEITO CARNEIRO</i>	<i>113</i>
<i>Toponimia madrileña en el Quijote de Avellaneda, por JOSÉ BARROS CAMPOS</i>	<i>127</i>
<i>Las asociaciones religiosas madrileñas y la política de reforma de las cofradías (1764-1800), por CEFERINO CARO LÓPEZ</i>	<i>147</i>
<i>El edificio barroco de la iglesia parroquial de Arganda del Rey (Madrid) y sus arquitectos, por ANTONIO JOSÉ DÍAZ FERNÁNDEZ</i>	<i>177</i>
<i>Dos conventos madrileños desaparecidos: los Agonizantes de la calle Fuencarral y los Basílios de la calle Desengaño, por M.ª TERESA FERNÁNDEZ TALAYA</i>	<i>199</i>
<i>Llanto poético al traslado de la Corte en 1601, por JOSÉ FRADEJAS LEBRERO</i>	<i>225</i>
<i>El grupo escolar de niñas Conde de Peñalver (1924-1930), por AMELIA GARCÍA FRANCO</i>	<i>243</i>

<i>Madrileñismo y expresionismo. Dos elementos del mundo de Edgar Neville, por MIGUEL ÁNGEL LOZANO MARCO</i>	259
<i>Bohemia y literatura (algunos episodios), por JOSÉ MONTERO PADILLA.</i>	269
<i>Los profesionales del traje en el Madrid romántico, por PABLO PENA ...</i>	283
<i>Topónimos de Meco que aparecen en un documento del siglo xvi, por JOSÉ ANTONIO RANZ YUBERO y JOSÉ RAMÓN LÓPEZ DE LOS MOZOS ...</i>	301
<i>Don Vicente Artero y la Real Sociedad Económica Matritense de Amigos del País: la Caligrafía en la enseñanza de la escritura durante la época contemporánea, por MANUEL SALAMANCA LÓPEZ</i>	325
<i>La fuente de los Tritones y la renovación del jardín de la Isla, en Aranjuez, por Felipe IV (1655-1663), por JOSÉ LUIS SANCHO GASPAR</i>	345
<i>El Reservado de la Casa de Campo de Juan de Villanueva. Propuesta de reconstrucción, por LUIS DE VICENTE MONTOYA</i>	361

Nota

<i>Calderón de la Barca en la Hermandad del Refugio, por JOSÉ DEL CORRAL</i>	409
--	-----

Aniversarios

<i>Sucesos y noticias madrileñas que cumplen centenario en 2001 y otras que alcanzan cincuentenario, por JOSÉ DEL CORRAL</i>	415
--	-----

Necrologías

<i>José Antonio Martínez Bara, por MARÍA DEL ROSARIO BIENES</i>	425
<i>José Montero Alonso, por FRANCISCO AZORÍN</i>	427
<i>José María Sanz García, por LUIS MIGUEL APARISI LAPORTA</i>	431

Reseñas de libros

<i>EMILIO CARRERE, Antología, por Pedro Ignacio López García</i>	437
<i>TIRSO DE MOLINA, Obras completas. Autos sacramentales, I: El colmenero divino, Los hermanos parecidos, No le arriendo la ganancia, por Lola Montero Reguera</i>	438
<i>VV.AA., Calderón en escena: siglo xx, por José Montero Reguera ...</i>	440

Págs.

Crónica de Madrid en el año 2000

<i>Enero, por RAFAEL FLÓREZ</i>	445
<i>Febrero, por RAFAEL FLÓREZ</i>	449
<i>Marzo, por RAFAEL FLÓREZ</i>	453
<i>Abril, por M.^a ASUNCIÓN FERNÁNDEZ HOYOS</i>	457
<i>Mayo, por M.^a ASUNCIÓN FERNÁNDEZ HOYOS</i>	461
<i>Junio, por M.^a ASUNCIÓN FERNÁNDEZ HOYOS</i>	465
<i>Julio, por LOLA MONTERO REGUERA</i>	469
<i>Agosto, por LORENZO DE MIRANDA</i>	473
<i>Septiembre, por SALVADOR MONSALUD</i>	477
<i>Octubre, por M.^a ASUNCIÓN FERNÁNDEZ HOYOS</i>	481
<i>Noviembre, por JOSÉ MONTERO PADILLA</i>	485
<i>Diciembre, por LOLA MONTERO REGUERA</i>	489

BOHEMIA Y LITERATURA (ALGUNOS EPISODIOS)

Por JOSÉ MONTERO PADILLA

Episodios —algunos episodios— de la vida bohemia (con el recuerdo, claro está, del título de la obra famosa, *Escenas de la vida bohemia*, de Henri Murger, con la que su autor se dio a conocer en 1848). Episodios, es decir, sucesos, incidentes, anécdotas, historias menudas de la bohemia literaria acontecidos en su mayoría en la primera década del siglo xx. Evocar algunos de ellos, diversamente significativos, es mi propósito en esta ocasión. Como partes diferentes e incluso singulares a veces dentro de un todo que corresponde a los primeros años del siglo xx, irán precedidos de un título expresivo del carácter de cada uno de esos episodios.

LA BOHEMIA EN 1900

Melchor de Almagro San Martín, en su amenísima *Biografía del 1900*, opina sobre el carácter de la bohemia y se pregunta si ésta existe verdaderamente y tiene carta de naturaleza en Madrid, a lo que él mismo contesta:

«Yo creo que eso de la bohemia es un género propiamente parisién que no se adapta a nuestro temperamento.»

Probablemente, tal opinión respondía a un conocimiento superficial y parcial de la bohemia, y así parece confirmarlo el relato anecdotico que hará el mismo Almagro San Martín:

«Desde que apareció *La Bohème* sobre las tablas del Real se encendió la fantasía de algunos muchachos que sueñan en ser Rodolfo y andan a la busca de Mimí.

Yo no confundo, naturalmente, a la pobretería, dada al morapio o al Chinchón, que, a causa de haber escrito algunos poemas con mayor o menor talento, generalmente menor, de llevar melenas sucias y de vestirse en el Rastro, se llaman a sí mismos *bohemios*. Ni llamo bohemias a las tris-

tes furcias de la calle de la Abada, a quienes, en la alta noche, tras de los trajines propios de su vil oficio, convidan aquéllos a un chocolate en cualquiera churrería pestosa. Ni tan poco es bohemia la de unos amigos y compañeros míos, todos de familias más que acomodadas, a quienes siempre sobra un duro en el bolsillo, que han alquilado, a escote, una guardilla limpita, donde cultivan, en *amateurs*, la bohemia.

Ayer me invitaron a merendar con ellos. Los manjares, aunque algo ordinariotes, eran muy suculentos: chorizos, queso manchego, aceitunas, gambas y cangrejos, lonchas de jamón, rociadas con excelente manzanilla. El mueblaje estaba más en armonía con la obra que se trataba de representar. Descabalado y roto, brillante por el uso. Una a modo de ventanuca enrejada, por donde, de vez en cuando, se asomaba la curiosa testa de algún minino, da sobre un espléndido panorama de tejados que señorea el campanario de San Lorenzo, dibujándose en flecha sobre el cielo plomizo de hoy.

Los falsos *bohemios*, chalinas de seda, pelo demasiado largo sin osar declararse melena, bigotillos incipientes, ojos brillantes y alegres, algún traje de negro terciopelo a lo Rubens, cachimbas humeantes, buen tabaco, han encendido una estufa *choubesky*, que, roja de calor, despidió gratos efluvios. En la guardilla hay caballetes y paletas de pintor, una estatua comenzada, útiles de escultura, un escritorio con plumas de ave, un piano alquilado, como si de verdad se trabajara allí»¹.

Las palabras precedentes, escritas por Melchor de Almagro San Martín, trazan un perfil de aquellas gentes que, cabría decirlo así, jugaban a la bohemia, a la apariencia de la bohemia: buhardilla, pelo largo, chalina, música de Puccini... Para ellas, la bohemia no pasaba de ser un entretenimiento amable de su juventud bien acomodada.

BOHEMIA E INDUMENTARIA

Es verdad, sí, que la bohemia podía mostrarse inicialmente, en determinados aspectos externos y de la indumentaria: la melena, el sombrero de anchas alas, la capa, la pipa, la chalina... Elementos que incluso conformarían una determinada estética y podrían alcanzar carácter de símbolo. Así el sombrero, porque, con palabras de Emilio Carrere, «El sombrero de alas levantadas es independencia, inadaptación, literatura. La suprema aristocracias de los chapeos está en las alas de cóndor de los Rembrandt»². Así también la capa, de la que Manuel Machado dijo:

¹ MELCHOR DE ALMAGRO SAN MARTÍN, *Biografía del 1900*, Madrid: Revista de Occidente, 1943, pp. 99-100.

² EMILIO CARRERE, *Antología*, edición, introducción y notas de José Montero Padilla, Madrid: Castalia, 1998, p. 354.

«La capa es... positivamente: un abrigo cómodo y eficaz. Estéticamente: una prenda graciosa, original y elegantísima. Moralmente: una insignia, un emblema del carácter español»³.

APUROS Y AYUNOS EN LA VIDA DE VALLE-INCLÁN

Ciertamente, hubo dificultades —muchas—, apuros —grandes—, en el vivir cotidiano de don Ramón del Valle-Inclán. Ello no constituye novedad en la existencia de un escritor, en la de un puro escritor y escritor puro que vivió únicamente por y para la literatura. En el caso de Valle-Inclán esos apuros, muy ásperos a veces, le acompañaron casi siempre, aunque jamás pudieron doblegar o abatir su estoicismo, su independencia, su orgullo humano y de escritor. Recién llegado a Madrid, vive sólo con 75 pesetas para todo un mes, dinero con el que atiende al alquiler —25 pesetas— de una habitación en la casa número 3 de la calle de Calvo Asensio y a la compra de té, azúcar y alcohol. Cuando unos amigos se enteran de que, para abrigarse en la cama, no dispone más que de su traje y de algunos periódicos, pretenden entregarle unas mantas... «—Pero si los periódicos —les argumenta— precisamente para lo único para lo que sirven es para abrigar...» Ello no obsta para que, en una ocasión, en episodio que Ramón Pérez de Ayala recogerá en su novela *Troteras y danzaderas*, al ver una camilla rodeada de gente, entregue esas 75 pesetas que constituyan todo su capital para un mes: «Un albañil que se ha caído del andamio» —le dicen—. El pobre hombre no ha muerto, pero «quedará inútil para toda su vida», por la pérdida de un brazo. En ese momento, alguien recuerda la existencia de un aparato ortopédico que podría rehabilitarle para el trabajo y que cuesta precisamente 75 pesetas, pero «como él no tiene las 75 pesetas ni quien se las dé», indica un médico que se halla en el lugar del accidente... «—¿Y quién ha dicho a usted que no tiene quien se las dé? ...» —interviene don Alberto Monte-Valdés, retrato indudable de Valle-Inclán en la novela de Pérez de Ayala, «—Yo se las doy»⁴.

En 1904, un escritor y periodista, Cristóbal de Castro, efectúa a diversos autores una encuesta en la que pregunta: «—¿Cuánto ha ganado usted con sus libros?» Y don Ramón le da la siguiente respuesta:

«Querido D. Cristóbal: Yo, hasta ahora, jamás he ganado cosa alguna con mis libros. De los primeros he vendido hasta cinco o seis ejemplares;

³ MANUEL MACHADO, *La guerra literaria*, Madrid: Narcea, 1981, p. 169.

⁴ RAMÓN PÉREZ DE AYALA, *Troteras y danzaderas*, Madrid: Pueyo, 1930, vol. VI de sus *Obras completas*, pp. 14-15. Cfr. MELCHOR FERNÁNDEZ ALMACRO, *Vida y literatura de Valle-Inclán*, Madrid: Editora Nacional, 1943, p. 49, y ANDRÉS AMORÓS, *Vida y literatura en «Troteras y danzaderas»*, Madrid: Castalia, 1973, p. 33.

de los últimos vendo algunos más, pero nunca lo bastante para costear las ediciones.

Todas mis esperanzas están puestas en un libro que publicaré dentro de algunos días: la *Sonata de Primavera*. Seguramente se venderán algunos centenares de miles, y con el dinero que dejen, pienso restaurar los castillos del *Marqués de Bradomín* y comprarme un elefante blanco, con una litera dorada, para pasearme por la Castellana»³.

Cipriano Rivas Cherif, amigo de Valle-Inclán, contó en un extenso artículo aparecido en la revista *La pluma* del año 1923:

«Don Ramón no comía; ayunaba por prescripción facultativa, como había hasta entonces ayunado muchas veces por no tener qué comer. Hasta hace muy poco no le he oído alardear ante un sangrante solomillo de café, de la virtud del ayuno, practicada por él en los años de bohemia descarada, en holocausto a la fe literaria en su propia obra. Cuando lo practicaba no lo decía. Es más, si no se salpicaba las barbas de migajas los días que no lo probaba, interrumpía la compañía de sus camaradas para engañar el tiempo de la cena. La hora del almuerzo la pasaba en la cama»⁴.

Y Juan Ramón Jiménez, en artículo publicado en el diario *El Sol* el 26 de enero de 1936, recordaba:

«... Se moría de hambre algunos años y no lo decía. Yo he pensado luego muchas veces que aquel día de nieve, aquella noche de fiesta, aquella tarde de cementerio, Valle-Inclán andaba con nosotros sin comer. Y yo estaba entonces tan fuera de la realidad, y él también, estando tan dentro, que ni él ni yo nos dábamos cuenta de ello.»

Testimonio singularmente patético de estas situaciones es una carta del propio Valle-Inclán, fechada a 27 de julio de 1932, dada a conocer por Fernández Almagro, donde dice:

«Mi querido C.: Recibí su buena carta. Estoy abrumado. Ayer empeñé el reloj. Ya no sé la hora en que muero. Como tengo que cocinar para los pequeños, el fogón acaba de destrozarme la vejiga. Ni salud ni dinero, y los amigos tan raros. Por eso le agradezco doblemente su carta. Si en mi experiencia, desengañada, ya no puedo acogerme a ninguna esperanza, me trae un consuelo. No crea usted, sin embargo, que me desespero. Yo mismo me sorprendo de la indiferencia con que veo llegar el final. He con-

³ RAMÓN MARÍA DEL VALLE-INCLÁN, *Entrevistas, conferencias y cartas*, Valencia: Pretextos, 1994, p. 13.

⁴ JOSÉ ESTEBAN, *Valle-Inclán visto por....*, Madrid: Ediciones El Espejo, 1973, p. 70.

vocado a los hijos y les he expuesto la situación. También ellos tienen el alma estoica. Les he dicho: "Hijos míos, vamos a empeñar el reloj. Después de comernos estas 100 pesetas, se nos impone un ayuno sin término conocido. No es cosa de comprar una cuerda y ahorcarnos en reata. No he sido nunca sablista y quiero morir sin serlo. Creo que los amigos me ayudarán, cuando menos para alcanzaros plazas en los asilos. Yo me acogeré al Asilo Cervantes. Allí tengo un amigo: D. Ciro Bayo". Como pequeños héroes se tragaron las lágrimas y se han mostrado dispuestos a correr el temporal sin darle demasiada importancia. En rigor, no la tiene, y si alguna vez yo se la he dado, es porque me salgo del hecho cotidiano de una familia sin recursos, con el padre enfermo. Tal dolor vulgar, repetido a diario, no merece sacar el Cristo de mi nombradía literaria. Esta condición mía acentúa el episodio, dándole importancia; pero eso es ante la opinión ajena, no para mí. Lo que más me obsesiona es el pensamiento de no poder morir tranquilo: ver llegar despacio la muerte en las tardes serenas. Cerrar para siempre los ojos, sin que el ínterin me aflija o inquiete por carecer de algún dinero. Escríbame, querido amigo. Siempre suyo...»¹.

Impresionante carta que aproxima el recuerdo de otras, igualmente desdichadas, de Lope de Vega al duque de Sessa... ¿Representación todavía en Valle-Inclán? Acaso sí, pero del drama que, en ocasiones, fue su vivir y su desvivirse.

Un nombramiento en Roma —director de la Academia Española de Bellas Artes en la capital italiana— va a suponer un alivio pasajero —sólo pasajero— para sus adversidades.

La muerte está cerca. Y el escritor la siente aproximarse, día a día, con mayor certidumbre cada vez. Antes de internarse en el que será su último sanatorio, en Santiago de Compostela, poco antes, escribe estos versos:

«Voy caminando entre escombros.
La alforja del infortunio
agobia mis viejos hombros.
Halo de trémula albura,
un aceite de difuntos
alumbra mi noche oscura.
Voy en la noche de lutos,
la boca muda a la queja,
los ojos al llanto enjutos.
Muerte bienaventurada,
toda mi esperanza cifro
en llegar a tu posada.»

¹ M. FERNÁNDEZ ALMAGRO, *ob. cit.*, pp. 269-270.

Llegará a ella, en efecto, a la posada de la muerte, a las dos de la tarde del día 5 de enero de 1936, a consecuencia de un cáncer. Como en el poema que le dedicaría Gerardo Diego:

«Este gran don Ramón que fuera ¿cuántas cosas?
barbas de chivo, apóstol manco,
barquero de la Estigia, Bradomín de las rosas,
es ya un fantasma blanco, blanco.»

INTERMEDIO EN ALGÚN CAFÉ

Mucha vida española, por tanto mucha literatura también, se ha unido a esos establecimientos conocidos por el nombre de cafés. Ya en el siglo XIX y durante gran parte del siglo XX. Actualmente y en su inmensa mayoría existen ya tan sólo en el recuerdo —afectiva memoria— de quienes los conocieron, que también son cada vez menos por obvias razones cronológicas, y en las páginas de la abundante literatura a ellos consagrada. Valle-Inclán, en 1933, hablaba ya con un sentimiento de añoranza de los cafés que él había conocido:

«Mi vicio predilecto es el café, donde tan muellemente he perdido la juventud y el tiempo [...] ;Ya no hay cafés con divanes y espejos! Ya no queda el rincón cochambroso ni el camarero familiar y campechanote, admirador de la tertulia. ¡Admirables rincones para perder el tiempo y la salud! ¿Usted no recuerda el Nuevo Café de Levante? Era algo magnífico»⁴.

Unos cafés que se llamaban Fornos, en la calle de Alcalá esquina a la de Virgen de los Peligros; Universal, que estaba en la Puerta del Sol y donde abundaban las tertulias de gentes unidas al mundo de la canción ligera y del cuplé: músicos, autores de letras de canciones, cantantes y canzonistas...; y Levante, también en la Puerta del Sol, al que habían precedido el Nuevo Café de Levante, en la calle del Arenal, centro de importantes tertulias literarias y de artistas, por lo que también Valle-Inclán sostendrá, hiperbólicamente: «—... el café de Levante ha ejercido más influencia en la literatura y el arte contemporáneos que dos o tres universidades y academias»; y el primitivo café de Levante, en la calle de Alcalá, donde, según dice la copla, «entre palmas y alegría cantaba la Zarzamora». Y el Varela, situado en el ángulo de la calle de Preciados con la de Veneras, dilecto de Emilio Carrere y al que acudían también los hermanos Manuel y Antonio Machado, el actor Ricardo Calvo, el duque de Amalfi, a

• En la revista *Estampa*, Madrid, 13 de mayo de 1933. Reproduzco de RAMÓN MARÍA DEL VALLE-INCLÁN, *Entrevistas, conferencias y cartas*, Valencia: Pretextos, 1994, pp. 565-566.

veces don Miguel de Unamuno cuando venía a Madrid desde Salamanca. Y el café Español, y el España, y el Castilla, y Negresco, y la Granja el Henar en la calle de Alcalá, donde hubo durante varios años una tertulia famosa en el Madrid artístico y literario, a la que asistían habitualmente Valle-Inclán —que era quien la capitaneaba—, Julio Romero de Torres, Anselmo Miguel Nieto, Enrique de Mesa, Cipriano Rivas Cherif...; y el de San Millán, y el de Jorge Juan (escenario de la novela de José Francés titulada *El café donde se ama*), y el de la Montaña, definido por Almagro San Martín como «areópago literario»⁹ y pleno de memorias y anécdotas literarias; y Pombo —el *Antiguo Café y Botillería de Pombo*—, centro de la tertulia creada y gobernada por Ramón Gómez de la Serna y retratada por el pintor José Gutiérrez Solana en célebre cuadro... tantos y tantos más.

Y es que en aquel Madrid, tan lejano, cabría decir desaparecido, los cafés habían adquirido valor singular, diríase de institución. Eran lugares de vivencias y convivencias, para el trato comercial y para el trabajo literario (¿cuántos poemas, cuántos artículos, por ejemplo, habrán nacido sobre la mesa de un café?), de encuentros y coloquios sentimentales, y, asimismo, para el ocio, para el «no hacer nada», para «pasar el rato», para «tranquilizar» el hambre con un café con leche acompañado de media tostada...; eran «sociedades de calores mutuos», con palabras de Ramón Gómez de la Serna, también hombre de café.

Con el transcurso del tiempo han ido desapareciendo y han sido sustituidos, en su inmensa mayoría, por otros establecimientos de carácter muy distinto y cuyas denominaciones son cafeterías, bares, clubes... Porque las costumbres, y los gustos y preferencias, y la sociedad y la vida, en fin, cambian, se alteran, y porque el dinero manda —¡y de qué manera!—, y sobre los solares donde había cafés se alzaron nuevos y diferentes locales, sobre todo oficinas bancarias... Por ello, César González Ruano, tan asiduo a los cafés y que los utilizaba también como lugar de trabajo, solía decir que le hubiera gustado ser millonario para comprar un banco y transformarlo en café.

A los cafés, tan numerosos y existentes en toda la ciudad, con carácter y personalidad diversos muchos de ellos, acudían y podían coincidir el profesor, y el obrero, y el comerciante, y el grupo amistoso o los que formaban tal tertulia, y la familia de vida sosegada, y los ancianos que suspiraban tristezas entre sorbo y sorbo de un café con leche acompañado de unos churros ya fríos, y las mujeres de rompe y rasga, y los artistas conocidos o con aspiraciones a serlo, y bohemios verdaderos o que sólo lo eran en su apariencia y que en ocasiones pertenecían a la especie pedigüeña o a otras aún más peligrosas, y los cómicos populares, y políticos ejercientes o en

⁹ M. DE ALMAGRO SAN MARTÍN, *ob. cit.*, p. 97.

paro, y mesurados pensionistas, y escritores en ciernes o ya ilustres, y poetas de rostros pálidos y grandes ojeras bajo un mirar inquieto, febril a veces, y los autores teatrales de éxito, y verduleras garbosas, y militares de diversa graduación, y los señores guardias, y solteras ajadas, y enamorados románticos, y parejas de cita clandestina, y mujeres a la espera (ya se sabe....: «La Carmela, la Carmela / dice que no quiere a nadie; / lo que quiere la Carmela / son los billetitos grandes»); y algún que otro personaje solitario y de apariencia misteriosa, y bebedores que saben que el vino puede ser, en ocasiones, *escala de ensueño*... Un universo humano, en fin, que durante largos años no hizo la historia de grandes titulares, pero sí construyó cotidianamente esa otra, *intrahistoria o historia menuda*, según gustaban llamarla respectivamente Unamuno y Azorín; un mundo que podía sugerir, según los casos, la estampa costumbrista o de sainete, o el relato sentimental, o el apunte dramático, o un esbozo de misterio («Lo mejor de la historia se pierde en el secreto de nuestras vidas», dijo Antonio Machado) ... Todo ello en los escenarios de unos cafés donde se hablaba y se comentaba, donde se ejercía la libertad («Los cafés —con palabras de Gómez de la Serna— sobre todo son como el triunfo de la cámara popular de la vida»); donde entre charla y charla —palabras iban, palabras venían— se hacían proyectos, surgían ilusiones, se trenzaban sueños, pasaba y se pasaba el tiempo y, con él, la existencia.

La presencia y notoriedad de algunos cafés en la vida madrileña dejó no sólo abundantes testimonios literarios, sino que llegó a las letras de muchas canciones. Así en piezas del Género Chico («Te espero en Eslava, tomando café, tomando café»). Así en chotis como el un tiempo populísimo Colón, 34, cuya letra dice:

«Hace dos noches, al salir de mi trabajo
para marcharme a mi casa a descansar,
me dijo un chulo muy postinero:
—Oiga usté, prenda: ¿Se la puede acompañar y convidar?
Y si usté quiere nos iremos a algún cine.
Debo advertirle que soy hombre muy formal,
y después a la salida nos iremos al café de San Millán.
Pero como yo no muerdo el anzuelo fácilmente,
cuando uno se cuela le contesto:
Colón, Colón, 34, tiene usted su habitación
y una chica muy decente sin ninguna pretensión.
En la calle de Colón, Colón, siempre a su disposición.»

A PAN Y AGUA

José Martínez Ruiz —no existía aún para la literatura Azorín— había llegado a la Villa y Corte, procedente de Valencia, el día 25 de noviembre

de 1896, en un vagón de tercera clase de un tren mixto. Se instala en un cuarto abuhardillado de la calle del Barquillo y, en seguida, visita al director del diario *El País*, Ricardo Fuente, a quien entrega una carta de presentación que le ha dado el político y periodista Luis Bonafoux. Pocos días después, el 5 de diciembre, Martínez Ruiz publica su primer artículo en *El País*. Su colaboración se hace asidua a partir de esa fecha, llegando a publicar treinta y cuatro artículos en dos meses, hasta que en el de febrero de 1897, se ve forzado a interrumpir su colaboración en ese periódico ante la polémica levantada por uno de sus trabajos en el que defendía el amor libre.

No obstante tan corto espacio de tiempo, los artículos de José Martínez Ruiz no pasan inadvertidos y suscitan el elogio de personalidad tan ilustre y exigente como Leopoldo Alas *Clarín*, quien en un *Palique* aparecido el 7 de enero de 1897 escribe:

«No sé quién es un señor Martínez Ruiz que escribe artículos de costumbres en *El País*; pero quienquiera que sea, tengo el gusto de decirle que en mi humilde opinión, si publica muchos trabajos como el titulado *Mi crítico*, acabará por merecer que se vea en él a una de las pocas esperanzas de nuestra literatura satírica.»

José Martínez Ruiz le expresa su gratitud a *Clarín* y éste, en carta fechada a 15 de enero, reitera su alabanza: «Mucho celebraré que usted continúe por el camino de las buenas letras a que creo está usted llamado.»

Pero estos reconocimientos y éxitos incipientes no evitan agobios económicos que, a veces, se extreman hasta límites angustiosos. Así, según nos permite conocer el testimonio del propio escritor, en sus «Fragmentos de un diario» incluidos en el libro *Bohemia*, de 1897, un día le llega a faltar el dinero hasta para comer:

«No he podido renovar —anota Martínez Ruiz— mi abono de 50 pesetas en el restaurante de la calle Montera. Sólo tengo tres duros; con ellos he de pasar todo el mes. ¿De qué modo? No lo sé, comeré lo que pueda..., pan solo. [...] Continúo comiendo mis veinte céntimos de pan. Al principio he notado cierta sequedad en el estómago y en la cabeza. También me he encontrado más flexible, más vaporoso; pero ahora lo que siento es debilidad. Casi no puedo escribir.»

Esta debilidad llega a desmayo otro día, el 23 de marzo de 1897:

«Esta mañana iba hacia el Retiro con mi pan en el bolsillo, a comér-melo entre los árboles. Al pasar frente al Ministerio de la Guerra he sentido un desvanecimiento; se me iba la cabeza, y he andado algunos pasos haciendo eses como un borracho. Después he caído junto a la verja. A pesar de que apenas me daba cuenta de nada, he notado que se formaba un

grupo de gente a mi alrededor, y me parece haber oido risas y que alguien decía: —No es nada... ¡Un curda!»

Muchos años después, con la serenidad de un largo tiempo transcurrido, Azorín, en su libro *Madrid*, evocará sus trabajos y privaciones de cuando era un joven y apenas conocido periodista:

«... periodista ya militante, mi vida era solitaria y esquiva. Iba por las noches, a prima hora, a la Redacción, antes que nadie fuera, y me retiraba pasada la media noche, casi a la madrugada. A la Redacción, llevaba ya escrito el artículo, y en la Redacción, sentado ante la larga mesa común, escribía notas, ampliaba telegramas, redactaba comentarios del momento. Y durante el día, solo en mis divagaciones por Madrid o en mis paseos por el Retiro. Nadie pudo sospechar, ni en la Redacción ni en parte alguna, no lo delataba mi actitud la dura prueba porque pasé unos días. He guardado mucho tiempo [...] un calendario [...] en que había señalado yo los días, para mí harto memorables, en que no tuve más nutrimiento que el siguiente: un panecillo por la mañana y otro al anochecer [...] Con veinte céntimos al día hacia yo mi comida. Que pruebe ahora cualquier principiante literario a hacer lo mismo [...] Duró el severo régimen veinte días consecutivos.»

¿Bohemio, pues, Azorín? Sí, de los que lo eran, tal como los definiría Emilio Carrere, «por aristocratismo, por independencia espiritual»¹⁰. Aunque, al propio tiempo, hay que reconocer que la imagen externa del autor de *La voluntad* aparecía distante de la bohemia más habitual y estereotipada, tal como ya observó Melchor de Almagro San Martín, quien señala:

«Azorín es periodista, pero tampoco bohemio en el sentido que se da aquí a la palabra: "No pagar, hacer deudas, vestirse chocantemente, vivir un poco fuera de las leyes y un mucho de los hábitos burgueses y corrientes"»¹¹.

UN LÚGUBRE EPISODIO

En el volumen de la colección «El Libro Popular» correspondiente al 22 de agosto de 1912, apareció la novela corta de Emilio Carrere titulada *La cofradía de la pirueta*. Se trata de un relato cuya acción transcurre, al igual que otros muchos de su autor, en el escenario de los bajos fondos madrileños. Sus personajes son vagabundos, bohemios —o que

¹⁰ EMILIO CARRERE, *Antología*, ed. cit., p. 354.

¹¹ M. DE ALMAGRO SAN MARTÍN, *ob. cit.*, p. 113.

ellos creen serlo—, buscavidas, pícaros, covachuelistas, mendigos, jugadores en las peores chirlatas, hampones, chulos, rameras, gentes hambrientas y miserables que malviven de la trampa y el engaño, ex-hombres y ex-mujeres —con términos que el escritor gusta de utilizar repetidamente— carentes ya de toda esperanza y que forman un abigarrado, desgarrado, impresionante retablo que nos hace recordar cuadros de Gutiérrez Solana, páginas de Baroja... En uno de los breves capítulos de *La cofradía de la pirueta* aparece, por primera vez en versión literaria, un lúgubre episodio que tuvo como protagonista al poeta y novelista Pedro Luis de Gálvez, disfrazado en el relato con el nombre de Luis Villegas. Carrere lo relata así:

«... apareció en el umbral la pintoresca figura de Luis Villegas. Venía con las greñas en desorden, mostrando una gran agitación y traía una caja de pino debajo del brazo.

—¿Sabes, Ataulfo? ¡Mi hijo, mi hijo Alberto se ha muerto ayer y no tengo dinero para enterrarle! Le he escrito al director de *La Antorcha*, y me ha dicho que me coma el cadáver, que ya está harto de darme dinero. ¡Qué voy a hacer, Ataulfo, qué voy a hacer! ¡Creen que es una fábula que he inventado!

—Envíale el *fiambre* al periódico para que se convenza. Pero vamos a cuentas, querido Luis; yo no tenía el gusto de conocer personalmente a tu hijo Alberto.

—Sí, hombre; nació ayer tarde, y nació muerto el angelito de Dios.

—¡Caramba! Antes de nacer y ya se llamaba Alberto. ¡Qué precocidad!

—¡Te burlas! ¡Crees que es un cuento para sacarte dinero! Pues ahora verás. ¡Mozo, mozo, traiga usted a escape un martillo!

—¿?

—Pero qué vas a hacer?

Cuando le trajeron la herramienta, Villegas, con enorme agitación, comenzó a desclavar la caja que traía bajo el brazo. A poco se expandió una tufarada macabra. Todos los comensales se levantaron despavoridos.

—Mira, miserable; convéncete de que no te miento. Aquí tienes a mi pobre hijo... putrefacto»¹².

El macabro episodio relatado por Carrere, sobre cuya autenticidad se ha discutido, ocurrió realmente y tuvo como protagonista, en efecto, a Pedro Luis de Gálvez. El mismo Carrere, en artículo periodístico incluido más tarde en el volumen *El espectro de la rosa*, lo contó con detalle y nombres propios¹³. De él se hace eco también Pío Baroja en sus *Memorias*: «Se decía que, cuando murió un hijo suyo, le envolvió entre periódicos y le lle-

¹² E. CARRERE, *Antología*, ed. cit., pp. 140-141.

¹³ E. CARRERE, *El espectro de la rosa*, Madrid: Mundo Latino, 1921, pp. 80-83.

vaba por los cafés, pidiendo dinero para enterarse»¹⁴. Y existen otros testimonios coincidentes. La bohemia más desastrada, esperpéntica, tremendista, se expresa en este suceso cuya certeza no admite duda.

UNA CITA GALANTE Y LA IMPORTANCIA DE LA ROPA INTERIOR

La anécdota es real y figura en un número de la revista *Madrid Cómico* correspondiente al año 1911, contada con detalle y con los nombres de sus protagonistas, con las palabras siguientes:

«Un día de opulencia [Villaespesa] se encontró con Julio Camba. Villaespesa tenía el aire de un gran señor y llevaba bajo el brazo un formidable envoltorio.

—Acabo de comprar un libro y me he comprado doce mudas.

—¡Hombre, me alegra mucho! —exclamó Camba—. Tengo una cita galante con una bailarina, con la... [...] Estaba muy triste porque no podía ir por el estado ruinoso de mis calzoncillos. Pero tú has venido a salvarme. Me darás un par de ellos.

—La cosa es que... verás; calzones no he comprado ninguno.

—Me contraría mucho, pero en fin me darás dos camisetas.

—Tampoco, porque... yo creo que la camiseta es una prenda superflua y no he comprado ninguna.

—Bueno, hombre, bueno. ¡Al menos me darás una camisa!

—Chico, la verdad... No puedo darte una camisa entera...

—¿Eh?

Villaespesa desenvolvió su lio. Las doce mudas se reducían a doce camisoles, o sea doce cuellos y doce pecheras. ¡Oh, prodigo de la fantasía! La hermosa bailarina esperó en vano aquella noche a Julio Camba»¹⁵.

Esta anécdota, jovial, risueña, da testimonio de una bohemia alegre y pintoresca. Diferente sin duda de la bohemia tabernaria hasta la alcoholización en la que sucumbieron escritores como Pedro Barrantes, Alberto Lozano, Manuel Paso, tantos otros. Joaquín Dicenta, el autor del drama *Juan José*, que fue muy amigo de Paso, dijo sobre éste:

«Paso se suicidó. Sólo que su congénita debilidad no le permitía suicidarse de pronto, por un procedimiento rápido. Perezoso en todo, hasta para suicidarse, lo fue encargando al alcohol lo que otro hubiese encargado a un revólver»¹⁶.

¹⁴ Pío BAROJA, *Obras completas*, II, *Desde la última vuelta del camino. Memorias*, Barcelona: Círculo de Lectores, 1997, p. 116.

¹⁵ Revista *Madrid Cómico*, número correspondiente al 25 de noviembre de 1911.

¹⁶ M. PASO, *Nieblas*, Madrid: 1902, p. 9.

ADIÓS A LA BOHÈMIA

En octubre del año 1933, Pío Baroja ponía el punto final a una nueva novela suya: *Las noches del Buen Retiro*. Aparecerá impresa al año siguiente. Se trata de un bello, evocador relato, en el que conviven y se entrecruzan y se funden realismo, un cierto romanticismo, melancolía, constancia de las heridas causadas por el transcurso inexorable del tiempo. Los jardines llamados del Buen Retiro ofrecían una estampa muy representativa del Madrid de finales del siglo XIX. Se hallaban donde actualmente se alza el edificio de Correos, inaugurado en 1910. En las páginas de esta novela barojiana aparece el recuerdo de aquellos jardines tan unidos un tiempo a la vida madrileña y viven personajes próximos al espíritu de la bohemia. En el capítulo final, cuenta Baroja cómo dos de los personajes de su narración coinciden un día delante del edificio de Correos. Han pasado muchos años. De aquellos jardines tan sólo queda su recuerdo. Uno de los personajes pregunta, con cierta resonancia manriqueña en sus palabras:

«—... ¿Qué se hizo de aquella gente que se reunía aquí hace más de treinta años?

—Figúrese usted. Los que no han muerto han cambiado con el tiempo.»

Así acontecería también con las gentes de la Bohemia. Muchos desaparecieron para siempre. Otros renunciaron a sus ideales más o menos sinceramente sentidos, se alteraron, o lo que es lo mismo: se hicieron otros. Algunos conservaron una memoria afectiva de ella, una memoria cada vez más débil, como un humo dormido oloroso a melancolía. Los más fieles a la mejor bohemia, la que era una actitud ante la vida y ante el Arte, pensaron orgullosamente que esa bohemia suya era como el penacho de Cyrano de Bergerac.